

FEBRERO 2018 - N.º 96

Ministri Dei

Servidores de Dios

Avda. Andalucía, 71 - 1.º B
23005 Jaén (España)
Teléfonos:
923 28 66 89
657 401 264

ministridei@hotmail.com
www.ministridei.es

Catena 3, S. L.
D. L. J-388-2009

LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

Hay multitud de personas que por estar enfermas no pueden salir a Misa y comulgar y, muchas no reciben la Comunión por sus limitaciones físicas que les impiden poder salir ni a la puerta de la calle. Pero Dios que es Amor y su amor es paternal, nos invita a hacerle la Comunión espiritual que tan beneficiosa es para las almas, cuyo deseo es recibir a Jesús sacramentalmente y no pueden recibirlo, ni tampoco reciben la visita del sacerdote para hacerlo. Faltan sacerdotes y son muchos los fieles que se encuentran en casa encamados o en sillas de ruedas que les impiden salir.

La Comunión espiritual es un acto con la que el fiel católico expresa el deseo de recibir a Jesucristo en la Eucaristía porque no puede hacerlo sacramentalmente como sería lo ideal, es decir, no puede recibir la Hostia consagrada. La Comunión espiritual consiste esencialmente en un ferviente deseo de querer comulgar y unirse a Jesús por la Eucaristía. Esta práctica hecha con verdadera fe y devoción está fomentada por la Iglesia y es de gran eficacia santificadora, además tiene la ventaja de poderse repetir cuantas veces se quiera a lo largo del día. Y aunque ésta práctica es elogiada debemos ante todo evitar la rutina y hacerla apresuradamente, sino sentir por la misma el fervor y el respeto como lo sentiríamos si recibiéramos a Jesús Sacramentado.

La Comunión espiritual hecha en las debidas disposiciones y con ese deseo ardiente de querer comulgar y no poder hacerlo, trae para el alma muchos frutos espirituales. Lamentablemente las almas ignoran el beneficio que esta Comunión produce. Por eso, no se debe hacer a la ligera, ni de cualquier forma, no es una oración más, es un acto de amor y de fe hacia Cristo Eucaristía y se debe hacer dignamente como si se tratara de la Hostia consagrada. Después de hacerla se debe guardar silencio y dialogar con el Señor y hacer también la acción de gracias. Nuestro Señor no se deja ganar en generosidad y desea ardientemente darnos las gracias necesarias para santificarnos. Él ve nuestra hambre y sed de quererlo recibir sacramentalmente, pero puesto que fuerzas mayores nos lo impiden, Él hace que este acto de amor y de fe produzcan en el alma frutos de santidad, porque el Señor que ve nuestro corazón sabe de sobra en que disposiciones estamos para recibirlo aunque sea espiritualmente.

BETANIA

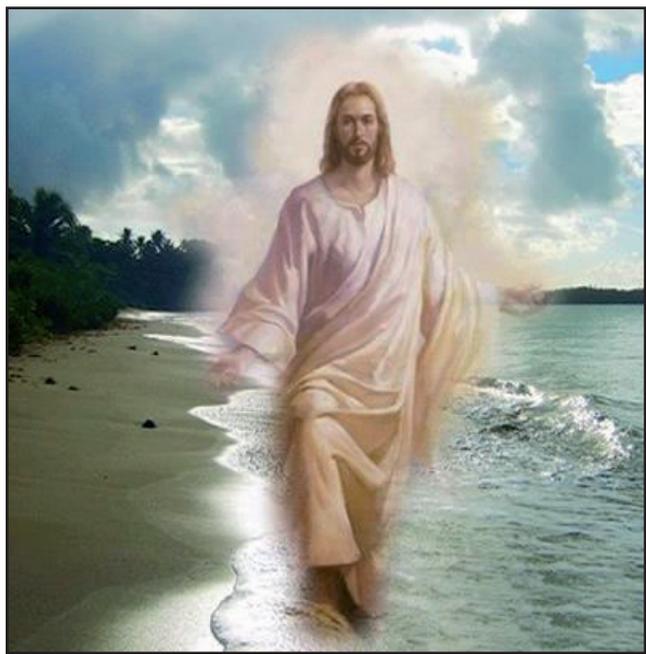
COMUNIÓN ESPIRITUAL DE SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

Creo, Jesús mío, que estáis realmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Os amo sobre todas las cosas y deseo recibirlos en mi alma. Pero como ahora no puedo recibirlos sacramentalmente, venid a lo menos espiritualmente a mi corazón. Como si ya os hubiese recibido, os abrazo y me uno todo a Vos. No permitáis, Señor, que jamás me separe de Vos. Amén.

EL AMOR DE DIOS ES INMUTABLE

Se nos ha hablado desde muy pequeños que Dios es Amor, pero un día también supimos que nadie había llegado a formular lapidariamente lo que afirma San Juan en su primera carta: Deus Caritas est. «Dios es Amor» (1 Jn 4,8). Ni siquiera en el Antiguo Testamento se halla una afirmación tan categórica. Es una novedad absoluta lo que dice el Apóstol que se reclinaba en el pecho de Jesús como para conocer sus secretos. Y, sin embargo, Dios siempre ha sido Amor, es Amor y seguirá siendo Amor eternamente. Dios es siempre el mismo. Él ama la virtud y detesta el pecado. Cuando perdona al pecador arrepentido, es el pecador el que cambia, no Dios. No tendríamos que parar de dar gracias y alegrarnos que sea así. Solamente porque Dios sea así merece estemos alabándole continuamente. Pero es que además el que Dios sea todo Amor tiene para nosotros consecuencias fabulosas.

En primer lugar es necesario diferenciar entre decir solamente “Dios nos ama mucho” y dar el paso de afirmar categóricamente, haciendo suya la



Palabra divina: “Dios es Amor”. Porque si Él es Amor nunca jamás podrá odiar a nadie y siempre tendremos seguro su amor incondicional e infinito hacia nosotros por pobres que seamos, y no sólo “mucho amor”. Es lo mismo que si tuviéramos un manantial, nunca nos faltaría el agua, pues así Dios es el mismo manantial del amor y nunca, nunca nos faltará su amor. Este amor de Dios es tan intenso, tan especial, tan único, que la Biblia amontona las expresiones más fuertes para hacérselo entender y que cita expresamente el Catecismo de la Iglesia Católica como para llamar nuestra atención y hacernos caer en la cuenta de las consecuencias que se derivan de esa realidad (218-221).

Multitud de almas no se acercan a Dios porque lo ven como un Juez justiciero e implacable, como un Inspector, al que nada se le escapa, que está a la expectativa para ver qué hacemos mal para corriendo pasarnos factura. Si fuera así, ¡pobres de nosotros!, porque... ¿quién puede decir que nunca ha pecado? ¿Quién puede decir que, aun después de vivir una vida de recogimiento y de piedad, nunca peca? Ahí están los santos con sus virtudes heroicas y, a pesar de todo, caían una y otra vez, si no en pecados mortales sí en faltas e imperfecciones y tantas veces como caían otras tantas se levantaban y tenían que ir a lavarse al Sacramento de la Penitencia.

Y Dios es Amor inmutable. También hay personas que en su vileza quieren medir a Dios con la misma medida que tenemos hacia las criaturas. Si he pecado Dios ya no me puede querer, y... nada más lejos. El amor de Dios en “inmutable”, del latín *immutabilis*, que quiere decir aquello que ni cambió antes ni cambiará después. Se trata, por lo tanto, de algo no mudable o inmodificable. La inmutabilidad de Dios es necesaria para su perfección. Si algo cambia, debe cambiar para bien o para mal, porque un cambio que no hace ninguna diferencia no es un cambio. Pero como Dios es perfecto, Él no necesita nada y por lo tanto no puede cambiar. Además Dios es omnisciente, Él no puede aprender nada nuevo, porque lo sabe todo.

Esta inmutabilidad ha sido enseñada en la Biblia tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Leamos (por poner algún ejemplo) Malaquías 3,6 o Santiago 1,17. Podríamos nombrar más citas de las Sagradas Escrituras, porque la Biblia no es ambigua: Dios no cambia su forma de pensar, su voluntad, o su naturaleza. Dios es eterno y existe fuera de las limitaciones del tiempo; si no fuera inmutable tendría que estar sometido a las variaciones del tiempo y de las épocas, pero como es eterno es siempre el mismo. (Salmo 33,11; 90, 2).

De ahí que Dios nos quiere a pesar de nuestros pecados, vicios y hasta crímenes. Él siempre quiere la salvación del pecador, no se goza en castigarlo. Él quiere su salvación y la quiere tantas veces como pecamos. Pero su justicia impide que nos regale la salvación si no ponemos de nuestra parte lo que tenemos que poner: *el arrepentimiento de nuestras malas acciones*, porque de lo contrario Dios no sería justo y todo el mundo viviría en pecado, puesto que Dios nos regalaría siempre el perdón sin arrepentirnos. Si una persona nos hace mal nosotros, por lo general, no la perdonamos y, aunque la perdonemos mentalmente nos vemos dispensados de acercarnos ella, aunque no sea conforme a lo que nos enseñó Jesús: «*si alguien te hiere en la mejilla derecha ofrécele también la otra*» (Mt 5,38). Si Dios nos aplicara la misma

medida a todos no se acercaría a nadie, porque pecadores somos todos y, por desgracia, muy a menudo caemos.

De ahí que queramos hoy destacar que no solo Dios es Amor, sino que su amor es «inmutable». Que no cambia, que siempre es el mismo, que ahí está para que nos beneficiemos de ese amor inmenso que nos tiene y para que al saber esta gran verdad nos ayude a levantarnos una y otra vez cuantas veces caigamos. Porque Dios no solo es Amor sino que es Padre y un buen padre siempre perdona a su hijo y lo recibe con los brazos abiertos. ¡Esta admirable enseñanza de Jesús sobre la misericordia del Padre en la parábola del hijo pródigo alcanza tal cumbre reveladora que la sitúa a la cabeza de todas ellas! (Lc 15,11-32). Los ricos matices que encierran cada una de sus expresiones ningún autor clásico la ha superado: nadie había hablado con tanta sencillez y profundidad del amor de Dios a los hombres.

AL QUE ES TODO AMOR, DÉMOSLE TAMBIÉN AMOR

Si a un santo ya bienaventurado en el Cielo y de virtudes heroicas le dieran la oportunidad de bajar a la Tierra y volver a vivir la vida, después del conocimiento que ya tiene de lo que es Dios, su vida la enfocaría totalmente diferente a como la enfocó, porque el conocimiento de lo que es Dios le haría cambiar todos los instantes de su vida y los emplearía únicamente en amarlo sin perder ni un solo instante. Nosotros tenemos la oportunidad de emplear lo que nos queda de vida en esto, en amar ardientemente a Dios en cualquier actividad y en cualquier momento. No se trata de juntar las manos y ponerse delante del Sagrario o de una imagen y decir “¡te amo, Dios mío, te amo!” sino de hacer que cada instante de nuestra vida, ya escribamos, cocinemos, limpiemos, conduzcamos, hagamos lo que sea por insignificante que nos parezca, lo vivamos sumergidos en el amor a Dios, y así, hasta el final de nuestra existencia. Ahí tenemos como modelos a dos insignes personajes, la Santísima Virgen y su santísimo esposo San José, y, por encima de cualquier otro modelo, el mismo Jesucristo en sus 30 años de vida oculta. Porque no se trata de hacer grandes cosas y muy llamativas, sino de renunciar a cualquier otro objetivo o gusto que no sean los de Dios mismo, de dar la espalda gustosos a las cosas del mundo para

gustar de las cosas espirituales, de alzar la mirada al Cielo y aspirar a que un día sea nuestro hogar.

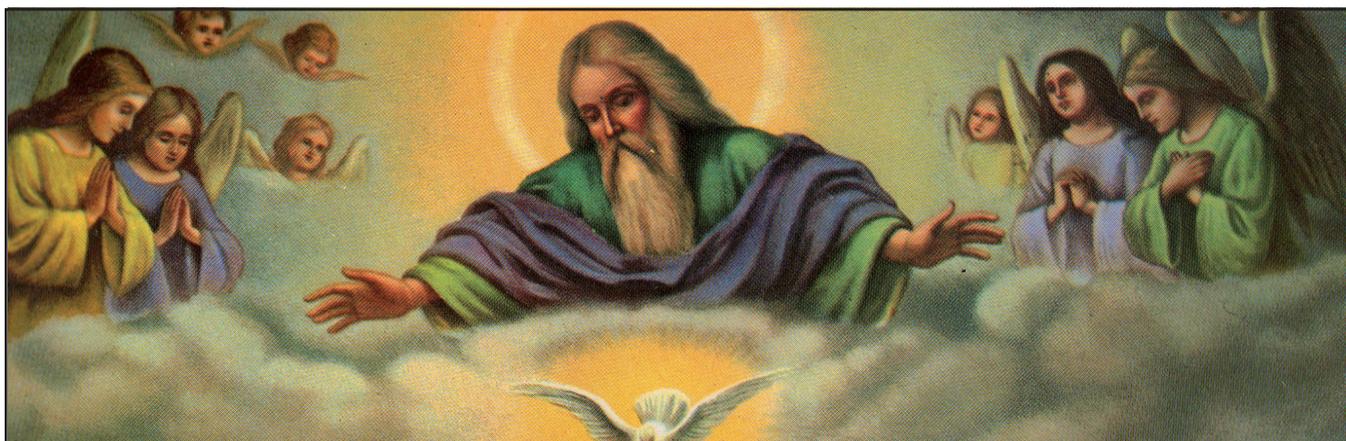
Jesús reveló a Luisa Picarreta: *Cuanto más el alma se despoja de las cosas naturales, tanto más adquiere las cosas sobrenaturales y divinas; cuanto más se despoja del amor propio, tanto más conquista el amor de Dios; cuanto menos se fatiga en conocer las ciencias humanas, en gozar los placeres de la vida, tanto de conocimiento de más adquiere de las cosas del Cielo, de la virtud, y tanto más las gustará convirtiendo las amargas en dulces. En suma, todas son cosas que van de la mano, de modo que si nada se siente de sobrenatural, si el amor de Dios está apagado en el alma, si no se conoce nada de las virtudes, de las cosas del Cielo y ningún gusto se siente por ellas, la razón es bien conocida.*

ENCÍCLICA DE BENEDICTO XVI: “DIOS ES AMOR”

Si en la primera carta de San Juan el Espíritu Santo al decir «Dios es Amor» nos regala una definición de lo divino como nadie había logrado hacerlo, S.S. Benedicto XVI también quiso legarnos todo su rico patrimonio teológico, elevándolo a la categoría de magisterio infalible, titulando su primera Encíclica “Deus, Caritas est,” y así enfatizar la importancia que debe ocupar este concepto en nuestras almas y en nuestras mentes. Porque si creemos que Dios es Amor y además amor inmutable, nuestras acciones irán enfocadas hacia este Ser divino con el ardor y la intensidad que su Majestad se merecen. A Dios no lo podemos ver como vemos a un santo cualquiera, sino que lo tenemos que ver como la fuente de todo amor y de toda bondad. Y si tenemos la suerte de vivir o conocer a personas buenas, debemos considerar que toda bondad y todo amor de esas personas vienen de Dios, de donde manan esas disposiciones de cada uno.

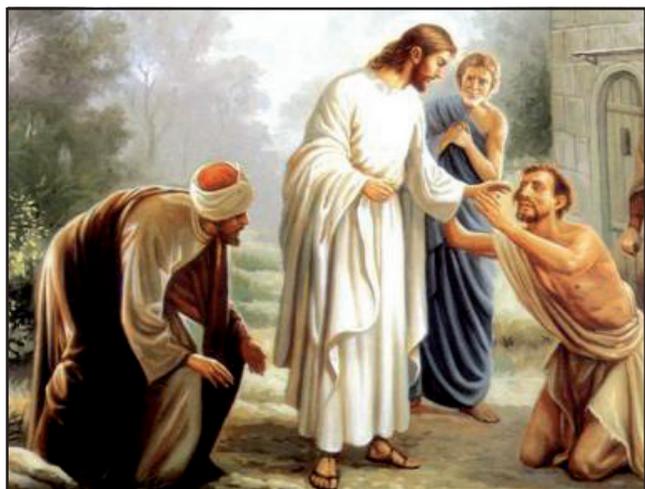
CONOZCAMOS LO QUE NOS DICE S.S. BENEDICTO XVI EN SU ENCÍCLICA

(...) En Jesucristo, que es el Amor de Dios encarnado, el “eros”-”ágape” alcanza su forma más radical. Al morir en la Cruz, Jesús, entregándose para elevar y salvar al ser humano, expresa el amor en su forma más sublime. Jesús aseguró a este acto de ofrenda su presencia duradera a través de la institución de la Eucaristía, en la que, bajo las especies del pan



y del vino se nos entrega como un nuevo maná que nos une a Él. (...) Y la enseñanza del Catecismo de la Iglesia Católica en este aspecto podría resumirse diciendo: *Es imposible imaginar una manifestación de amor como la que se da en Jesucristo.*

La Encarnación del Verbo de Dios es la máxima expresión que se nos puede dar del amor de Dios. No solo tenemos las palabras de la Sagradas Escrituras que ya de por sí nos lo dicen todo, pero por si alguien duda, por si alguna persona pudiera creer que esas palabras fueron manipuladas o inventadas, Dios Padre quiso demostrarnos materialmente la grandeza de su amor enviando a esta Tierra a su único Hijo para que viéramos por medio de Él hasta donde llegó su amor por nosotros ¿Quién haría eso por cualquier persona por mucho que la quisiera? ¿Quién pediría a su único hijo que aceptara la tortura y la muerte como rescate por los pecados de todos los hombres? Tanto amor solo puede venir de la fuente del verdadero y único amor que es Dios.



LO QUE DICE EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Catecismo de la Iglesia Católica (218-221), con textos de la Biblia y en un discurrir perfectamente escalonado, presenta al hombre moderno esta verdad: ¡Tenemos un Dios que nos ama! Y si nos ama Dios, ¿qué miedo vamos a tener? ¿Qué no podemos esperar? ¿Cómo no ser felices en la vida? La idea que el mundo tiene de Dios varía mucho según los tiempos y la cultura dominante. Dentro de la misma Iglesia, cada época ha tenido su manera de pensar, aunque siempre dentro de la verdad revelada por el mismo Dios.

* * *

Si Dios es Amor, en el amor de Dios encontramos todo lo bueno y bello que existe. Dios creó todas las cosas por amor para comunicarles su propia bondad. Las llena a todas de amor y las cuida y mimas con amor indecible. Pero cuando se trata del hombre, allí Dios se ha lucido en la comunicación de su amor. Y Dios nos ha dado además una capacidad tal para el amor, que, cuando sentimos nada más que una chispa de amor en el corazón, nuestra felicidad parece

que llega al colmo. Sin embargo, el amor más apasionado que podamos tener es puro hielo al lado del amor que Dios nos tiene. ¡Dios es Amor! y lleva su Amor hasta las últimas consecuencias. Cuando Jesús murió en la Cruz se rasgó el velo del Templo por el terremoto que sucedió al conmovirse la Tierra por la manifestación mayor inimaginable del Amor de Dios a los hombres, entregando el Padre a su Hijo para morir y pagar la deuda impagable de nuestros pecados, si no fuese por esta donación infinita de amor que sólo el Hijo podía ofrecer vicariamente por los hombres. Esto es lo que Dios nos dice de Sí mismo en la Biblia. Con lo necesitado que el mundo está de amor en nuestros días, no podemos pensar de mejor manera acerca de Dios. En medio de tantas angustias como nos rodean, creer en el amor de Dios es el mejor alivio a nuestro dolor. Y sin embargo, ¡que alejados vivimos de Él!

Se dice que el Papa Pío XI recibió a un grupo de soldados excombatientes. Uno de ellos había perdido los dos ojos, y el pobre ciego venía al Vicario de Cristo como aquel ciego del Evangelio. El Papa, que no hacía milagros, le infunde vigorosamente otra luz, la luz de la confianza en el amor de Dios, y le dice conmovido: *Hijo mío, todos somos unos pobres ciegos. Pero, ¡ten confianza! La fe nos enseña a mirar el Cielo. Por tu fe, Dios hará brillar ante tus ojos las hermosas luces de la eternidad. Tus ojos, ahora cerrados, se abrirán claros, muy claros, y verán a Dios con placer infinito.*

EL AMOR DE DIOS HACIA LAS PERSONAS

El amor de Dios hacia las personas es más fuerte que el amor de un padre con su hijo. Es más fuerte que el amor de las madres. Es más tierno que el del esposo a su esposa. Es un amor que perdona nuestros pecados. Es un amor que vence las infidelidades más repugnantes. Es un amor eterno e inmutable, que no se enfría nunca. Es un amor que llega en Dios al extremo, porque *tanto amó Dios al mundo que le dio su propio Hijo* (Jn 3,16).

¿Y podemos preguntarnos ¿por qué es importante para nosotros creer en la inmutabilidad divina y creer que Dios no cambia? La respuesta entre otras puede ser esta: Porque cuando una persona peca vilmente y toma conciencia de su pecado, puede llegar a pensar, tentado por el Maligno o arrastrado por una larga serie de infidelidades, que Dios ya no lo quiere ni lo acepta, y puede desesperarse creyendo que para él ya no hay ni perdón ni salvación. Pero no hay pecado que duela tanto a Dios, en su infinito e inmutable Amor, que el desconfiar de su Amor infinito, pues Él acepta siempre al pecador arrepentido por graves y horribles que hayan sido sus pecados. Si no queremos causarle el mayor dolor imaginable a nuestro Padre, a nuestro entrañable Redentor y al inefable Consolador, nunca desconfiemos de su perdón y amor eterno e inmutable.

P.D.C.M. F.